

La reiteración

Hay que reconocer que la locuacidad, en general, no está de moda y suele ser tachada de pedantería. El diccionario la define como «hablar mucho o **demasiado**» e, incluso en México, a veces significa directamente «loco». Existe una palabra, además, casi sinónima que suena prácticamente a enfermedad, cuando no a descontrol compulsivo: **logorrea**. Pero eso no debe detenernos, porque la locuacidad es a menudo síntoma de una excelente capacidad lingüística, además de una mente rápida y de buena memoria. Si bien, es cierto que no resulta apropiada en todos los contextos: en una ocasión un profesor me explicó que ser **culto** no significa hablar mucho o hablar muy bien, sino hablar apropiadamente en función del entorno: saber tanto emplear el argot con quien se exprese en argot, como mantener una conversación más abstracta en un contexto académico, por ejemplo.

En todo caso, la locuacidad puede ser un herramienta estilística muy potente. Una explosión verbal exagerada es capaz de zanjar una discusión, resulta apropiada si se emplea con buen gusto para ensalzar las virtudes de alguien o también como recurso humorístico. Siempre que se use con moderación y no como forma de expresión recurrente, eleva nuestro discurso a una cota superior de **elocuencia**. Ambas palabras proceden de la raíz latina *loqu*, que significa hablar. La elocuencia era considerada la forma más perfecta de la política que, por entonces, giraba en torno a la retórica, el arte de hacer un discurso convincente. Los griegos atribuyeron a la musa Calíope esta cualidad y los celtas irlandeses contaban con un dios a tal efecto, que tiene una curiosa historia: se llamaba Ogma y, durante una batalla, se hizo con la espada llamada Orna, que poseía la capacidad de hablar y contaba, al ser desenvainada, las hazañas que se habían llevado a cabo con ella. Se atribuye míticamente a este dios, Ogma, la invención del primer sistema de escritura irlandés, llamado «Ogham».

Pero dejemos la elocuencia. Ésta tiene mucho que ver con el lenguaje, pero en ella tienen un gran peso otras características no lingüísticas, como la expresión corporal.

La locuacidad, en cambio, tiene mucho que ver con la **acumulación** si la entendemos como un expresión inflamada, pero no fatua; afanosa, pero no repetitiva; retórica, pero no vacía. El efecto que se produce entonces es muy bello. Hay otro elemento que entra en comunión con la acumulación y es la

hipérbole. A menudo se piensa que la hipóbole es una exageración, se relaciona con lo excesivo, y por tanto con lo humorístico. Se suele emplear de ejemplo algún fragmento de François Rabelais, el gran escritor hiperbólico. Esto es así. Pero la idea que deja Rabelais es que la hipóbole tiene algo de caricaturesco, de deformante. Pero también se puede exagerar sin llegar a lo grotesco, sin perder el humor, pero alcanzando altísimas cotas de lirismo.

Uno de mis fragmentos favoritos de la historia de la literatura corresponde a la novela *El largo adiós* de Raymond Chandler. Es una novela negra y uno de los tópicos de este género es que, en algún momento, suele aparecer una mujer rubia arrebatadoramente hermosa. Chandler es consciente de ello, así que en esta novela, cuando aparece tal rubia y para arrasar el tópico y reírse de sí mismo y del propio género literario, construye los siguientes párrafos tan exagerados y acumulativos, tan gratuitos, pero tan perfectos y divertidos:

[...] y precisamente en aquel momento entró en el bar un **sueño**. Por un instante me pareció que cesaban todos los ruidos, que los tipos a la última dejaban de competir y que el borracho del taburete detenía su parloteo, y fue exactamente como cuando el director de una orquesta da unos golpecitos en el atril con la batuta, alza los brazos y los inmoviliza en el aire.

Era esbelta y alta, con un traje de sastre blanco [...]. La recién llegada se sentó y colocó los guantes bajo la correa del bolso y dio las gracias con una sonrisa tan amable, de un candor tan exquisito, que el destinatario casi quedó paralizado. La dama rubia le dijo algo en voz baja. El otro se alejó con premura, inclinado hacia delante. **Era una persona que, de pronto, tenía una misión en la vida.**

Me quedé mirándola. La dama rubia me sorprendió haciéndolo. Alzó la vista un centímetro y **dejé de estar allí**. Pero donde quiera que estuviese, seguía conteniendo el aliento.

Hay rubias y rubias y a estas alturas esa palabra es casi un **chiste**. Todas las rubias tienen sus puntos positivos, excepto quizás las rubias metálicas que son, debajo del tinte, tan rubias como un zulú y que, en cuanto a carácter, son tan tiernas como una acera. Está la rubia pequeña y graciosa que pía y gorjea, y la rubia grande y escultural que te para los pies con el hielo azul de su mirada. Está la rubia que te obsequia con miradas reverenciales de cuerpo entero, huele maravillosamente, se te cuelga del brazo y siempre está pero que muy cansada cuando la llevas a casa. Hace ese conocido gesto de indefensión y tiene esa condenada jaqueca y te gustaría darle un mamporro si no fuera porque te alegras de haber sabido lo de la jaqueca antes de invertir demasiado tiempo, dinero y esperanzas en ella. Porque la jaqueca resulta ser permanente, un arma que nunca pierde eficacia y es tan mortal como el estoque del espadachín o el frasquito de veneno de Lucrecia Borgia.

Luego está la rubia suave y complaciente y alcohólica a quién le tiene sin cuidado lo que lleva puesto con tal de que sea visón o adónde va con tal de que se trate del club nocturno más *dernier cri* y no falte champán seco. O la rubia pequeñita y animada que es un poquito pálida e insiste en pagar lo suyo y está siempre de buen humor y es un prodigio de sentido común y sabe judo de pe a pa y es capaz de lanzar a un camionero por encima del hombro sin saltarse más de una frase del editorial de la *Saturday Review*. Y la rubia pálida, muy pálida, con algún tipo de anemia que no es mortal pero sí incurable. Muy lánguida y muy enigmática y habla con una voz muy dulce y sin origen conocido y no le puedes poner un dedo encima porque en primer lugar no te apetece y en segundo lugar está leyendo *La tierra baldía* o Dante en el original, o Kafka o Kierkegaard o estudia provenzal. Es una apasionada de la música y cuando la Filarmónica de Nueva York toca a Hindemith sabe decirte cuál de las seis violas ha entrado un cuarto de compás tarde. Creo que Toscanini también. Ya son dos.

Y finalmente está la espléndida joya que sobrevive a tres jefes de la mafia y luego se casa con tres ricachones a millón por cabeza y termina con una villa de color rosa pálido en Cap d'Antibes, un alfa romeo con piloto y copiloto, y una cuadra de gastados aristócratas a los que trata con la distraída condescendencia con que un duque ya entrado en años da las

buenas noches al mayordomo.

El **sueño** al otro lado del bar no pertenecía a ninguna de aquellas categorías; ni siquiera a esa clase de mundo. Era inclasificable, tan remota y transparente como agua de montaña, tan difícil de aprehender como su color. Todavía la estaba mirando, cuando una voz, cerca de mi codo, dijo...

Aquí podemos ver la conjugación perfecta de acumulación (esa tipología de rubias) e hipérbole (cada uno de los adjetivos y de las sustantivos con que la compara), combinadas con humor, cuyo efecto final es arrebatador y emocionante. No sé vosotros, pero después de este alarde de estilo, yo no me veo capaz de seguir. Me voy a quedar leyendo estos párrafos hasta mañana por la mañana, a ver si aprendo a escribir.